

REPENSAR LA IZQUIERDA EN LA ARGENTINA DEMOCRÁTICA

Punto de vista. Revista de Cultura
(1978-1993)

ANDREA PAGNI

Universität Regensburg

El primer número de *Punto de vista* aparece en marzo de 1978, dos años después del golpe de estado contra el gobierno de Isabel Perón, que procuró, y casi consiguió, clausurar abruptamente la vida intelectual argentina por medio del terror y la censura en todos los niveles. El único dato editorial del número 1 menciona como director a Jorge Sevilla. Detrás del nombre de un joven crítico y estudioso de la literatura latinoamericana, desconocido para los organismos de censura, se esconden los verdaderos fundadores de la revista: Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo. El uso de la máscara era inevitable: *Los Libros*, la revista que estos tres intelectuales argentinos de izquierda habían dirigido durante algunos años, con el subtítulo de *Para una crítica política de la cultura*, había sido prohibida por el régimen militar inmediatamente después del golpe, en marzo de 1976 (cf. King 1989 y Masiello 1987).¹

Aunque poco a poco se va abandonando el uso de seudónimos,² el consejo de dirección recién se pone al descubierto en el número 12 (julio-octubre 1981). Lo componen, ahora explícitamente, además de los tres nombrados, María Teresa Gramuglio y Jorge Vezzetti. La directora es Beatriz Sarlo. El editorial de ese número, el primero que *Punto de vista* publica, señala los que habían sido hasta ese momento los objetivos fundamentales de la revista, que hasta entonces había circulado casi solamente entre amigos: "defender, en la práctica, el espíritu crítico y nuestro derecho a la divergencia. Esto es, reivindicar la libertad de pensar, escribir, difundir ideas diferentes: el derecho al punto de vista. La revista es parte de un espacio cultural que se construye a pesar de la censura y el castigo a las ideas, pero que se construye también positivamente [...], por la diferencia de opiniones y la controversia".

Si *Punto de vista* había sido creada en el marco de las estrategias de articulación de modelos intelectuales de resistencia contra el autoritarismo militar, con el desgaste del régimen en torno a la cuestión de las Malvinas, entre 1981 y 1982, y ya definitivamente con el restablecimiento de la democracia a fines de 1983, surge primero la posibilidad y luego la necesidad de

Dieses Kopie ist nur für den
eigenen Gebrauch
6.11.1983
Herrn A. Pagni
Frankfurter Kulturbücherei
Berlin

replantear la propia posición intelectual. En el editorial titulado "Punto de vista. Décimo año" del número 30 (julio-octubre 1987) se anuncia un programa:

Si la dictadura militar nos arrojaba a ser pura oposición, un gobierno democráticamente elegido y, sobre todo, la reconstrucción del sistema institucional y político abren interrogantes sobre el lugar y el carácter de nuestras intervenciones.

Quienes ahora dirigen la revista³ se definen como "Intelectuales de izquierda, en el marco de la democracia". Esta fórmula parece, a primera vista, más simple de lo que es, porque la aceptación abierta del juego democrático no había sido un fuerte de la izquierda argentina de los sesenta y comienzos de los setenta. Es en el marco de esta nueva configuración, donde quiero insertar la pregunta acerca de las modulaciones del debate cultural en el campo intelectual argentino de los últimos años. Si durante la época de la dictadura la izquierda había evitado todo autocuestionamiento porque eso habría implicado hacerle el juego a la dictadura (cf. Oscar Terán: "Una polémica postergada: la crisis del marxismo", VII, 20, mayo 1984), en el marco democrático era imprescindible repensar la izquierda (X, 30, julio-octubre 1987). Esto implica buscar modalidades de relación entre las exigencias de libertad por un lado, y las de justicia e igualdad por el otro; implica también comprometerse en la búsqueda de "un movimiento expansivo de circulación más democrática de los saberes" (ibid.). Esta tarea indefectiblemente exige una crítica y un replanteo que asumirán muchas veces carácter autobiográfico.

Si en la etapa de la dictadura "ellos", aquellos contra los que *Punto de vista* toma posición, eran básicamente todos los que de algún modo apoyaban al régimen militar, en esta segunda etapa se reconfigura la oposición entre "nosotros", el grupo de intelectuales de izquierda que se propone el programa arriba planteado, y para los que *Punto de vista* constituye una plataforma de discusión y difusión de ideas, y "ellos", los que rechazan ese planteo, en un espectro que va desde quienes festejan la muerte del socialismo, hasta los que no están dispuestos a abandonar o revisar críticamente posiciones ortodoxas de izquierda. Pero, además, *Punto de vista* es parte de una red, de un entramado dentro del campo intelectual argentino y latinoamericano. Quienes la dirigen, quienes colaboran en ella, escriben también en otras revistas, forman parte de grupos de investigación más o menos institucionalizados a nivel argentino e internacional. Revistas como *La Ciudad Futura* en Argentina, *Nueva Sociedad* en Venezuela, o últimamente *Travesta*, la revista del Centre of Latin American Cultural Studies del King's College en Londres, Instituciones como el Club de Cultura Socialista, como FLACSO y CISEA forman parte de ese entramado. En otras palabras, las posiciones articuladas en *Punto de vista* son, creo, representativas del pensamiento crítico de importantes sectores de la izquierda intelectual en América Lati-

na, especialmente en los países del cono sur, que han pasado por experiencias políticas similares en los últimos treinta años.⁴

Punto de vista ha entrado ahora en su decimosexto año y ha publicado, con bastante regularidad, 44 números hasta el momento. Este análisis me exigió procesar un material no sólo ingente, sino también muy variado.⁵ En lo que sigue me centraré en lo que llamo "el segundo tiempo" de *Punto de vista*, es decir la etapa que se inicia con el número 12 (julio-octubre 1981) y que define su perfil más claramente a partir de la restitución de la democracia en 1983. Organicé el material en tres zonas temáticas que están interrelacionadas: 1. la reflexión sobre el socialismo en el marco de la democracia; 2. la revisión crítica de las categorías de "lo popular" y "lo nacional", que tanta importancia habían tenido durante los años sesenta y en la etapa inmediatamente anterior al golpe militar; 3. la flexión que introduce en estas discusiones el debate sobre la posmodernidad en América Latina. De más está decir que no son éstas todas las zonas temáticas, las líneas de discusión entramadas en la revista. Seleccioné, desarmé y reordené el material, optando por incluir muchas citas, para tratar de transmitir un poco el tono de la revista. Mi lectura de *Punto de vista* no es sino una lectura posible, con sus limitaciones. Entre ellas el hecho de vivir yo desde el año mismo de creación de la revista, en Alemania. Eso implica que no he podido seguir de cerca los debates, las discusiones que *Punto de vista* ha ido desatando, sobre todo en este segundo tiempo, en la Argentina. Y que me faltan los datos acerca de la articulación de posiciones y fracciones opuestas, de los distintos "ellos". Se me escapan, entonces, muchos aspectos de lo implícito, lo elidido y eludido. Y una última precisión preliminar: leo *Punto de vista* desde hace muchos años y comparto, no sin algunas divergencias, claro, muchas de las preocupaciones que la revista articula.

1. Socialismo y democracia

Inmediatamente restablecida la democracia, *Punto de vista* se inserta en el debate acerca de la crisis de la izquierda. El número 20 (mayo 1984) trae como único título de tapa: "La izquierda: crisis de una cultura política". Allí Oscar Terán reflexiona sobre los avatares del marxismo en la Argentina ("Una polémica postergada: la crisis del marxismo"), recordando, por un lado, "la bella y engañosa década de los sesenta" con la "revolución cubana y su enorme influencia latinoamericana; el auge de las luchas anticoloniales y de liberación nacional" y observando, por otro, que veinte años más tarde "resulta difícil negar que las violencias practicadas sobre los cuerpos dentro de los países del socialismo real puedan dejar de arrojar efectos de sospecha sobre la propia teoría". El hecho de que en la Argentina la polémica en torno a la crisis del marxismo haya sido recibida con atraso, se debe a que era imposible tematizarla cuando el terrorismo de Estado se dedicaba a descuartizar los cuerpos de tantos marxistas junto con las doctrinas que los sustentaban. Pero Terán advierte que sería erróneo exculpar a la izquierda

de sus responsabilidades en lo sucedido en la Argentina de los años setenta "arguyendo el salvajismo inconmensurablemente mayor de la barbarie militar". Por eso,

si el marxismo fue para algunos de nosotros, durante años, un modo de decir "no", un hilo con el que se teja la teja de nuestras rebeldías ante las injusticias sociales y un estado de cosas que nos resultaba intolerable, hoy, acosado por la práctica de Estados y partidos autoritarios que lo reclaman como su ideología oficial, y cuestionado por los funestos errores promovidos por el deseo de revolución en nuestro país, es preciso que ingrese en un arreglo de cuentas en donde nuestras responsabilidades difícilmente podrían exagerarse. (VII, 20, mayo 1984)

También Beatriz Sarlo formula una autocrítica similar:

Nuestra autobiografía tiene un lugar abierto para nuestras responsabilidades: somos una parte de lo ocurrido en la Argentina, y haber sufrido más no es una razón para que en la reconstrucción del pasado nos olvidemos de nosotros, cuya soberbia nos hizo creer, en algunos momentos, que en la claridad de la revolución futura nos habíamos convertido en amos de la historia. (VII, 21, agosto 1984)

Y Carlos Altamirano explica que descubrió justamente el valor sustantivo de las libertades civiles en el momento en que no había partidos a los cuales recurrir ni tribunales en los cuales confiar (IX, 28, noviembre 1986).

Esa autocrítica exige una revisión de las posiciones y actividades de los intelectuales argentinos de izquierda durante los años sesenta. En "Intelectuales y política en la Argentina 1956-1966" (XIII, 37, julio 1990), Oscar Terán, quien dedicó un libro al tema,⁶ señala que todo ejercicio intelectual estaba subordinado a la política.⁷ Al comparar aquellos nuestros años sesentas con el momento en que escribe, Terán habla, no sin un dejo de nostalgia, de "la infinita distancia que cabe en la delgada lámina histórica de unos pocos años", y advierte que si bien ciegos ante la tolerancia y la democracia, los intelectuales de los sesenta, entre los que él mismo se cuenta, mantuvieron en alto "valores como la fecundidad de la crítica hacia el poder, la esperanza en un mundo más justo, la solidaridad entre los seres humanos".

El hecho de aceptar el juego democrático y de respetar las posiciones disidentes, las "verdades zonales y localizadas" (Sarlo en VIII, 25, diciembre 1985) no implica que los intelectuales de izquierda hayan olvidado o abandonado aquellos principios y valores. Los problemas que preocupaban a la izquierda en los años sesenta, advierte Sarlo — la desigualdad y la opresión — siguen existiendo, también como preocupación (ibid.).

De lo que ahora se trata, es de compaginar ambos aspectos: de trabajar por un mundo más justo y solidario, contra la opresión y las injusticias, en el marco del respeto por las libertades, de buscar vías de transformación social dentro de la democracia. Ello conduce a una reflexión crítica acerca del

funcionamiento concreto de la democracia en América Latina y en Argentina. En ese contexto puede situarse también el espacio que dedica *Punto de vista* a los marxismos heterodoxos —el pensamiento de Gramsci, o de Mariátegui por ejemplo— en la medida en que pueden aportar alternativas que enriquezcan el pensamiento democrático.⁸ Se analizan asimismo posibles formas de democracia participativa como una vía de renovación de las estructuras de una democracia representativa que funciona por delegación, y se discute la idea del "pacto democrático".⁹

En un artículo titulado "Democracia y socialismo: etapas o niveles?", José Nun observa que

una cosa es concebir a la democracia como un método para la formulación y toma de decisiones en el ámbito estatal; y otra bien distinta imaginarla como una forma de vida, como un modo cotidiano de relación entre hombres y mujeres que orienta y que regula al conjunto de las actividades de una comunidad. (VII, 22, diciembre 1984)

Esta última definición marcaría una meta del trabajo político de la izquierda, un "esfuerzo sostenido por desarrollar formas de participación autónomas" a nivel de la familia, del lugar de trabajo, el barrio, el sindicato etc., que sin embargo sólo podrían consolidarse en coordinación con las formas representativas.

La fe en la posibilidad de que los intelectuales pudieran colaborar activamente en el esbozo de políticas culturales, que no sólo la gente de *Punto de vista* había tenido en los comienzos de la gestión radical de Alfonsín,¹⁰ fue diluyéndose ante las diversas claudicaciones del radicalismo y sobre todo desde el comienzo de la gestión de Menem. En el editorial que comenta el triunfo electoral del peronismo se señala como responsabilidad de los intelectuales de izquierda no sólo "la defensa de un espacio sino de los principios y valores que pueden fundar una sociedad democrática y más justa de lo que hoy dejan prever los proyectos políticos en curso" (XII, 34, julio-septiembre 1989). Ahora no sólo se trata de contribuir al arraigo de la democracia, como durante el gobierno de Alfonsín, sino de constituirse en espacio de defensa de valores democráticos amenazados desde el estado mismo.

2. Revisión crítica de las categorías de "lo nacional" y "lo popular"

Esta reflexión acerca de las relaciones entre socialismo y democracia exige revisar también críticamente las categorías de "lo nacional" y "lo popular" que en el discurso de la izquierda argentina de los años sesenta y comienzos de los setenta, aparecían como el polo positivo de un dualismo ya clásico, que las oponía al despreciado "cosmopolitismo" y a la "cultura alta" o "cultura de élites". Si la cultura popular era nacional por definición, la cultura alta era por definición cosmopolita. Esas correspondencias y oposiciones, que tienen su historia en la Argentina,¹¹ caracterizaron el debate

acerca de la dependencia cultural, al que se trasladaban directamente las teorías de la dependencia económica. En "La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo" (VII, 20, mayo 1984), Beatriz Sarlo precisa el papel y la responsabilidad de la izquierda argentina en ese proceso: Si, a diferencia del peronismo, la izquierda había mantenido tradicionalmente escindidas las categorías de "nación" y "pueblo", en la segunda mitad de los sesenta, esa misma izquierda asumió el discurso del peronismo que construyó la identidad nacional como articulación de la cultura popular y contribuyó así a cimentar los temas y mitos nacional-populistas. Tomando distancia respecto de aquella época, Beatriz Sarlo subraya, en 1984, su resistencia a "pensar la cultura argentina como una empresa de homogeneización realizada en nombre de la identidad nacional, de la clase obrera o del pueblo (según sean las perspectivas políticas que la izquierda adopte sobre el asunto)".¹²

Sobre el trasfondo de la crítica a aquellas concepciones de "lo popular" y "lo nacional", *Punto de vista* toma distancia respecto del sustancialismo con que se había pretendido fijar las esencias del "pueblo" y de la "nación" argentinos en los años sesenta. El "pueblo" deja de ser concebido como una identidad inmutable y homogénea, se lo enfoca como conjunto fragmentario y heterogéneo de formas de conciencia en perpetua transformación, viendo a la cultura de los sectores populares como cultura subordinada, que surge dentro de un orden construido por otros, y que se halla en permanente proceso creativo de tensión e intercambio con la cultura dominante (PEHE-SA:¹³ "La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica", VI, 18, agosto 1983).

Por otra parte, se observa que la cultura denominada alta o de élites no siempre es la dominante —se habla también, diferenciando, de "cultura de los intelectuales"— y que tampoco ella es homogénea, ni está despojada por definición de elementos de carácter nacional y popular (cf. B. Sarlo: "La perseverancia de un debate", VI, 18).

Para *Punto de vista* la relación entre la "cultura de los intelectuales y la de los sectores populares", su sistema de préstamos e influencias, la flexión que en ambos universos introducen los medios masivos, los problemas de la distribución de los bienes culturales y de la desigualdad del acceso a sus redes e instituciones formales o informales son cuestiones fundamentales (B. Sarlo: "Intelectuales: Escisión o mimesis?", VIII, 20, diciembre 1985) en la reflexión de los intelectuales de izquierda.

De ahí la importancia que ha ido adquiriendo la discusión acerca de la política massmediática oficial en la revista (cf. B. Sarlo: "Una legislación para los mass media", XI, 33, setiembre-diciembre 1988). Sarlo critica la entrega de los medios a la empresa privada, lo que implica abandonar a las leyes del mercado la gestión de una nueva cultura, porque "los medios audiovisuales, y en especial la televisión, tienen un impacto descomunal sobre sectores que no poseen otras alternativas de elección en el mercado de los

bienes simbólicos" (B. Sarlo: "Políticas culturales: democracia e innovación", XI, 32, abril-junio 1988). Frente a las concepciones formales de la política cultural, Sarlo aboga por una vía intermedia, que sin poner los medios bajo el control absoluto del estado, con el peligro de las "tentaciones totalizadoras y valorativas en sentido fuerte", permita que "los partidos y las organizaciones culturales o comunitarias hagan oír su opinión". Desde esta posición abiertamente crítica *Punto de vista* se opone a la fracción nacional-populista, que en la Argentina articula un discurso de indiscriminada celebración de los medios, y prefiere, en cambio, observar cómo funcionan concretamente y cuáles son las consecuencias de ese funcionamiento.

Es difícil, sin embargo, deslindar en la revista la crítica a la política massmediática menemista de una toma de posición independiente de esa crítica, pero hay momentos en que asoma una postura decidida de rechazo frente al optimismo massmediático. Sarlo define así el lugar del "nosotros" en ese contexto:

sumergidos en la obscena abundancia comunicativa de la industria cultural, oscilamos entre la tentación (imposible) de convertirla a la religión del arte o destruirla como a un *deus ex machina* infernal, última arma inventada por el capitalismo en su ocupación implacable y progresiva de las dimensiones culturales. ("La guerra del Golfo: representaciones pospolíticas y análisis cultural", XIV, 40, julio-setiembre 1991)

Pero en *Punto de vista* hay lugar, también, para modulaciones diferentes, menos pesimistas, como la que propone Néstor García Canclini ("Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina", XIV, 40, julio-setiembre 1991), para quien "la expansión de la llamada cultura de masas, lejos de eliminar las diferencias, multiplica las ofertas, facilita el acceso de públicos más amplios a repertorios de distintas culturas y propicia diversas apropiaciones e interpretaciones de los bienes culturales en relación con las tradiciones de las que provienen los receptores".

En cuanto a la revisión crítica de la categoría de "lo nacional", importan sobre todo los artículos de Hilda Sabato, quien observa que "[f]rente a los estragos causados por el autoritarismo en nuestra historia, sólo muy recientemente se ha comenzado a hablar de sociedad pluralista, de respeto por las diferencias, del valor de una heterogeneidad muy postergada en la cultura política e ideológica de nuestro país" ("Pluralismo y Nación" (XII, 34, julio-setiembre 1989). Sabato inicia una discusión crítica del concepto integracionista de nación a partir del fenómeno de la inmigración en la Argentina, cuestionando la fórmula consagrada del "crisol de razas", que "enfatisa la integración de los inmigrantes a partir de la disolución de sus identidades originarias" y propone leer la historia argentina a partir de la noción de "pluralismo cultural", reemplazar la imagen del "crisol de razas" por la de "mosaico cultural". Sabato descarta la idea de una identidad esencial, que

vertebraba la imagen, tan cara a los argentinos, del crisol en el que se fundirían las identidades anteriores en una nueva identidad típicamente argentina, y ve el proceso de configuración de la Argentina moderna desde la inmigración como un juego de tensiones entre la preservación y la disolución de solidaridades e identidades previas. Desmitificar la idea de nación es una tarea que queda pendiente, dice Sabato, "para quienes aspiramos a la construcción de una sociedad laica, pluralista, donde el conflicto no se reprima ni aplaste en nombre de supuestas esencias compartidas".¹⁴

A la revisión de la categoría de "lo nacional" corresponde una revaloración de la incidencia de lo extranjero en el proceso de construcción de la cultura argentina, y esto no sólo en lo que hace a la etapa migratoria, sino como revisión de los postulados ideológicos de la dependencia cultural.¹⁵

Interesantes son las modulaciones que adquiere esa revaloración en la relectura de ciertas zonas, de ciertos textos de la literatura argentina que en los años sesenta y setenta habfan sido leídos por la izquierda desde los postulados dependentistas. Pienso aquí, por ejemplo, en los artículos de María Teresa Gramuglio sobre la revista *Sur* y en los textos de Beatriz Sarlo sobre Borges.¹⁶

3. Posmodernidad en América Latina.

Tanto en el debate sobre socialismo y democracia como en la revisión crítica de las concepciones de "nación" y "pueblo" resuenan ecos del debate sobre la posmodernidad, y su reflexión en el contexto latinoamericano.

Repensar la izquierda implica, como hemos visto, abandonar posiciones dogmáticas, aceptar la diferencia y el diferendo. Hay un artículo de Carlos Altamirano titulado "Laicismo" (VII, 22, diciembre 1984) que tiene carácter de manifiesto político. Altamirano define allí la actitud laica como la que "se niega a reconocer en ninguna autoridad, doctrina, etc., el papel de portadores exclusivos y excluyentes de la verdad", y asocia esa actitud a una imagen de la cultura concebida como "experimentación y comunicación de valores heterogéneos, pero también como conflicto e interrogación crítica de esos valores". Para ser efectivamente "un factor de innovación cultural y política, por los temas que plantea y por las opciones que propone",

[la izquierda] necesariamente debe secularizar su propia cultura, incorporando la reflexión sobre aquellas sorpresas que la historia le reservó a muchas de sus certidumbres constitutivas y desprendiéndose de la idea totalitaria de verdad con la que aún se identifica.

Si hay puntos de coincidencia con la reflexión posmoderna, hay también en ese programa divergencias que modulan aquí la discusión sobre el Posmodernismo. Una de las más importantes hace a la valoración de la utopía. En la medida en que los intelectuales de la nueva izquierda siguen creyendo que es posible mejorar la sociedad, disminuir las injusticias, eliminar las for-

mas de opresión, los alienta un espíritu utópico. El mismo Carlos Altamirano advierte en otra publicación (Altamirano 1990) la necesidad de reflexionar más diferenciadamente sobre la utopía, que el pensamiento posmoderno parece condenar sin apelación. La crítica a la utopía de ruptura y cambio total no tiene por qué condenar con ese mismo gesto las diversas prácticas de innovación social y política, que no remiten a "un gran Fin, lejano e inverificable, sino a la política de este mundo, a un horizonte de alternativas extraídas como posibilidades por medio del análisis y la deliberación común".¹⁷

En cuanto a la segunda zona temática, la revisión crítica de las categorías de "lo nacional" y "lo popular" parte del reconocimiento de la heterogeneidad y la pluralidad, categorías que el Posmodernismo opone a las tendencias totalizantes de la modernidad. Pero en *Punto de vista* la aceptación de la diferencia va siempre acompañada de la reflexión crítica sobre esa misma aceptación. Porque, y este es un punto crucial que marca la modulación latinoamericana del discurso posmodernista sobre la diferencia: se trata de distinguir las diferencias legítimas de las desigualdades ilegítimas,¹⁸ que el discurso posmoderno suele confundir. En un artículo titulado "Una mirada política. Defensa del partidismo en arte" (IX, 27, agosto 1986), Sarlo propone fijarse "en aquellos discursos, prácticas, actores, acontecimientos que afirman el derecho de intervenir en contra de la unificación, exhibiendo, frente a ella, el escándalo de otras perspectivas", atendiendo a las disidencias, al rasgo oposicional. Un foco lo constituyen las culturas populares, vistas como "espacios de la diferencia". Esa mirada política es asumida, por ejemplo, cuando se discuten los efectos de los medios masivos, cuya celebración es uno de los datos de la llamada condición posmoderna. Alabar sus efectos democratizadores constituye una simplificación peligrosa porque, como observa Beatriz Sarlo, "[q]ue la cultura electrónica sea transclasista (y esto también hay que demostrarlo) no significa que sea democrática" (en "La teoría como chatarra", XV, 44, noviembre 1992).

Con estas breves consideraciones quiero subrayar que también en lo que hace a la revisión de las categorías de "lo nacional" y "lo popular" hay en *Punto de vista* zonas de reflexión coincidentes con el posmodernismo, pero hay también precisiones divergentes. Es que la importancia que adquieren la crítica a las verdades totalizantes y totalitarias, así como los valores de la heterogeneidad y la pluralidad, provienen aquí de la propia experiencia política concreta y de una autocrítica dentro mismo de la izquierda, y no de la asunción incuestionada del discurso posmodernista central, que no tiene su origen en un movimiento reflexivo de ese tipo.

Una revista cultural es también un espacio procesador de textos, organiza un sistema de lecturas. En ese sentido interesa ver qué tipo de textos, qué líneas del debate tan variado y desparejo sobre el posmodernismo procesa la revista. Se destaca, como separata del número 29 (abril-julio 1987) un importante trabajo del germanista Andreas Huyssen,¹⁹ y una serie de apor-

tes de intelectuales latinoamericanos, tres de ellos chilenos, que adoptan en la discusión una postura claramente política. En "Entonces existe o no la modernidad en América Latina?" (X, 31, diciembre 1987), José Joaquín Brunner descarta la noción de posmodernidad para América Latina en razón de las peculiaridades mismas de la modernidad latinoamericana, pero retoma un tema del discurso posmoderno, el de la heterogeneidad que sería justamente característica de esa modernidad sui generis. La democracia (sin otras precisiones en este artículo) es, dice Brunner, el único marco que permite la coexistencia de los diferentes componentes de esa mixtura cultural que ha producido la modernidad en América Latina.

Norbert Lechner, en "Un desencanto llamado posmoderno" (XI, 33, setiembre-diciembre 1988) ve en la sensibilidad posmoderna, desencantada con la modernización y con la concepción del futuro como redención a través de la ruptura revolucionaria, una posibilidad de revalorización de lo político como "el arte de lo posible", basada en una renovada conciencia del futuro. Lechner, a diferencia de Brunner, acepta hablar de posmodernidad, pero caracterizándola justamente por aquello que sus críticos echan de menos: su potencial político.

En "Periferias culturales y descentramientos posmodernos (marginalidad latinoamericana y recompaginación de los márgenes)" (XIV, 40, julio-setiembre 1991), Nelly Richard advierte el peligro de que en América Latina se asuma la retorización posmoderna de la otredad sin atender al hecho de que aun cuando la "hipótesis vigente es la del descentramiento, quienes la formulan siguen rodeados del crédito —académico o institucional— que les otorga el ubicarse en el 'centro' del debate: en su punto de mayor densidad articuladora y exige desde América Latina una reflexión, un reclamo y una práctica de disturbio frente a las significaciones prefijadas por el repertorio oficial de la 'diferencia'".

Encuentro en *Punto de vista*, para resumir, una reflexión política y crítica sobre el posmodernismo, una lectura atenta a las homogenizaciones del discurso posmoderno central y por eso mismo cuidadosa de los matices, una reticencia a aceptar, sin someterlas a crítica, las reglas de juego que ese discurso procura imponer, una desconfianza a las celebraciones en boga de lo marginal latinoamericano, en suma: una reflexión que no se subordina a la discusión en curso en los países centrales, pero que tampoco la descarta con prejuicios dependentistas, sino que la lee críticamente al articular sus propias posiciones.

El problema que queda pendiente es el de la circulación de esos aportes desde la periferia al centro, el de las condiciones de una escucha de esa voz en el debate. El hecho de que en relación con la amnistía a los militares *Punto de vista* traiga, por ejemplo, un artículo sobre el *Historikerstreit* en Alemania,²⁰ mientras que por el contrario a los historiadores alemanes no se les ocurriría acudir a la discusión que había tenido lugar en la Argentina con motivo del juicio a los militares, debería darnos qué pensar. El hecho de

que las novelas de Gabriel García Márquez o de Isabel Allende sean en Europa best-sellers de literatura llamada posmoderna, que se leen porque satisfacen un gusto omnívoro por lo exótico latinoamericano con sus cuotas de naturaleza selvática, pasiones más o menos desbordantes, violencia, pobreza y corrupción, no alcanza para probar la centralidad de los márgenes, y tampoco que se celebre como posmoderno *avant la lettre* a Jorge Luis Borges. No se trata, como dice Richard, de hablar acerca de la periferia, sino de darle también la palabra, de escuchar creativamente lo que allí se dice y no de seleccionar consumistamente lo que sacie el apetito de un exotismo para el que el discurso tan posmoderno sobre "el otro" no es, con frecuencia, sino una legitimación.

NOTAS

1. Creada en 1969, *Los libros* había marcado, junto con *Crisis*, en el campo intelectual argentino hasta mediados de los setenta el lugar de reflexión de los intelectuales de izquierda acerca de las relaciones entre cultura y política.

2. En el número 3 (julio 1978) aparece Ricardo Piglia firmando un texto ficcional inédito, que será transformado, el comienzo de su novela *Respiración Artificial*; en el número 6 (julio 1979) Beatriz Sarlo firma la entrevista a Raymond Williams y Richard Hoggart; en el número 7 (noviembre 1979) Carlos Altamirano incluye un artículo sobre "la fundación de la literatura argentina" y Beatriz Sarlo escribe sobre "Razones de la aflicción y el desorden en *Marín Fierro*".

3. El consejo de dirección había sufrido algunas transformaciones. Por divergencias debidas a la posición asumida por la revista y representada en el artículo de Carlos Altamirano, "Lecciones de una guerra" (V, 15, agosto-octubre 1982) se retira Ricardo Piglia, y poco más tarde se incorpora Hilda Sabato. En 1984 pasan a formar parte del consejo de dirección José Aricó y Juan Carlos Portantiero. Aricó muere en 1991, en 1992 se incorpora Adrián Gorelik.

4. Ver por ejemplo, para Chile, Nelly Richard 1991.

5. El registro de colaboradores directos de *Punto de vista* incluye, además de los miembros del consejo de dirección, un número considerable de intelectuales argentinos y latinoamericanos —algunos nombres irán apareciendo a lo largo de esta exposición—, y también se traducen textos de intelectuales europeos como Benjamin, Bourdieu, Castoriadis, Habermas, Huyssen, Roudinesco, Said, Schorske, y otros. Si bien la revista, sobre todo durante su primera etapa, presentó también regularmente textos inéditos de ficción o poesía argentinos, su difusión no constituye ya un rubro de importancia en la revista y del mismo modo ha ido disminuyendo hasta desaparecer el espacio otorgado a las reseñas.

6. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires 1991.

7. Beatriz Sarlo habla en "Intelectuales, escisión o *mimesis*?" (VIII, 25, diciembre 1985) de la "canibalización de los intelectuales por el discurso político".

8. Ver José Aricó: "La producción de un marxismo americano" (VIII, 25, diciembre 1985); José Nun: "Elementos para una teoría de la democracia. Gramsci y el sentido común" (IX, 27, agosto 1986); José Aricó: "Los gramscianos argentinos" y José Szabón: "Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson - Anderson" (X, 29, abril-julio 1987).

9. Ver el artículo de Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero. "Crisis social y pacto democrático" (VII, 21, agosto 1984): El modelo del pacto aparece en el mundo moderno como el único esquema de referencia que permite conciliar la existencia de una pluralidad, potencialmente conflictiva, de sujetos sociales, con un principio ordenador que intermedia en las oposiciones sin anularlas y haga valer los requerimientos de cooperación necesarios para la convivencia social.

10. En 1984 se funda en Buenos Aires el Club de Cultura Socialista. Cinco de los siete miembros del consejo de dirección de *Punto de vista* integran la comisión directiva del Club Socialista: José Aricó como presidente, Beatriz Sarlo como vicepresidenta, Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio y Juan Carlos Portantiero. La Declaración de principios fue publicada en el número 22 (diciembre 1984) de la revista. Los objetivos del Club consisten, según esta declaración, en renovar la reflexión teórica y la cultura política de la izquierda a partir de una valoración de las libertades civiles y políticas de la democracia como contexto para la transformación social en el horizonte de "la utopía de otra sociedad más justa, más libre, más abierta". Aspectos de esa transformación en la Argentina, definida como "parte de la periferia capitalista", consisten en abandonar un "desarrollo que potencie indiscriminadamente la supuesta necesidad de los procesos económicos, científicos y tecnológicos", en "imaginar y recorrer un camino alternativo al seguido por los países centrales". Para lograrlo es necesario superar la dependencia económica, establecer las garantías del Estado de Derecho y organizar una participación popular profunda e inteligente. Se rechaza enfáticamente todo recurso a la violencia y se exige una revisión del legado estatista que concibe al socialismo como un orden que se construye de arriba hacia abajo, poniéndose el acento en el debate pluralista contra todo principio de ortodoxia.

11. Ver el artículo de Beatriz Sarlo: "La perseverancia de un debate" (VI, 18, agosto 1983), quien distingue tres momentos de la satanización del extranjero en la historia argentina: la etapa inmigratoria, el nacionalismo antilimperialista y las teorías dependencistas.

12. En el mismo número 20 García Canclini exige una revisión de los modos en que la izquierda ha analizado las relaciones entre cultura y política en las ciencias sociales ("De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?"). Critica el hecho de que por un lado se denuncien los mecanismos omnipotentes de dominación imperialista, y que por el otro se exalte la resistencia popular. García Canclini prefiere relativizar la contradicción y habla de hegemonía en vez de dominación, de contrato y no de violencia entre las clases hegemónicas y las subalternas, proponiendo una revalorización de las prácticas de la cultura cotidiana.

13. PEHESA es el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana integrado por Ricardo González, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero e Hilda Sabato.

14. El artículo mencionado aparece en el mismo número cuyo editorial critica abiertamente la política de Menem, que, en nombre de esas supuestas esencias nacionales compartidas, va a repatriar, en un gesto simbólico de "reconciliación nacional", los restos de Rosas e indultar, como parte de ese mismo gesto, a los militares condenados durante el gobierno de Alfonsín. Su consigna es olvidar el pasado y mirar hacia el futuro. Sabato ve, frente a esa clausura, un desafío que también los intelectuales agrupados en *Punto de vista* han decidido aceptar: "encontrar formas nuevas de mirar hacia atrás, no para encontrarle un sentido [a la historia], sino para recuperar su diversidad de sentidos". Para el análisis de la relación entre repatriación de los restos de Rosas e indulto a los militares, ver Hilda Sabato: "Olvidar la memoria" (XII, 36, diciembre 1989), de donde tomo la última cita.

15. Ver por ejemplo el artículo de Roberto Schwarz, titulado significativamente "Nacional por substracción" (IX, 28, noviembre 1986). Schwarz critica a los nacionalismos de derecha e izquierda de los sesenta por haber creído que la esencia nacional genuina resultaría de la simple "eliminación de lo que no era nativo. El residuo, en esta operación de substracción, sería la substancia auténtica del país". Schwarz observa que semejante operación no es posible. De lo que se trataría, es de ver la parte de lo imitado en lo original, y también la parte original en lo imitado. Schwarz advierte que criticar la posición mistificadora del nacionalismo no implica negar que la imposición ideológica externa y la expropiación cultural del pueblo son realidades en América Latina y rechaza en ese sentido la celebración posmoderna de la copia frente a los originales, que no elimina el problema de fondo, sino que lo oculta.

16. Se trata de los artículos de Gramuglio: "Sur en la década del treinta: una revista política" (IX, 28, noviembre 1986), "Desconcierto en dos tiempos" (X, 31, diciembre 1987), y "Bloy, Borges y Sur. Diálogos y duelos" (XII, 34, julio-setiembre 1989) y, entre los que Sarlo dedica a Borges, sobre todo: "Borges y la literatura argentina" (XII, 34, julio-setiembre 1989). Para un análisis del discurso sobre literatura argentina en *Punto de vista*, ver Pagni 1993.

17. Ver también XV, 42 (abril 1992), dedicado al tema de "Utopía y Ciudad".

18. Es la pregunta que se formula explícitamente, casi en los mismos términos, Norbert Lechner en el artículo citado más abajo, y que aparece por ejemplo también en los artículos de Adrián Gorelik y Graciela Silvestri sobre políticas de urbanización. En "Paseo de compras: un recorrido por la decadencia urbana de Buenos Aires" (XIII, 37, julio de 1990), los autores advierten que el "elogio a la heterogeneidad puede convertirse fácilmente en la forma de enmascarar la ausencia total de un ideal igualitario [...] la respuesta del capital a esta heterogeneidad producto de la desigualdad es una utopía de orden para pocos [el shopping-center]".

19. Se trata de la traducción de un artículo aparecido en *New German Critique* 33 (otoño 1984), "Mapping the postmodern". Lo que se valora del aporte de Huyssen es su intento de redefinir las posibilidades de un arte crítico en el interior de la cultura contemporánea, se la llame o no posmoderna (María Teresa Gramuglio: "Un postmodernismo crítico", XV, 42, abril 1992).

20. John Torpey: "Habermas y los historiadores" (XII, 36, diciembre 1989), traducido de *New German Critique* (1988).

BIBLIOGRAFIA

Altamirano, Carlos. "Otra izquierda". *La mirada* II, 2, 1991, 11-13.

King, John. "Las revistas culturales de la dictadura a la democracia: el caso de *Punto de vista*". Karl Kohut y Andrea Pagni. *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Frankfurt 1989, 87-94.

Masiello, Francine. "La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura". Daniel Balderston y otros. *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires 1987.

Nun, José. "La república posible". *La mirada* I, 1, 1990, 4-7.

Pagni, Andrea. "Sur, Borges y después... *Punto de vista* y la literatura argentina" [ms.], ponencia presentada en el encuentro de escritores "Literaturas del Río de la Plata Hoy", Universidad Católica de Eichsttt (6 al 8 de mayo de 1993).

Richard, Nelly. "El signo heterodoxo". *Nueva sociedad* 116, 1991, 102-111.